

LA CASA DE LAS BELLAS DURMIENTES

De *Yasunari Kawabata*

Editorial Caralt, Barcelona, 1985, 156 pgs.

En las proximidades de Tokio, hay una extraña posada en donde imperan el silencio y la discreción; pero rige una ley muy dura: pueden ingresar al recinto los ancianos y pasar una noche con una mujer joven y hermosa, dormir al lado de ella —que siempre está sumida en profundo sueño cuando llega el galán—. Sin embargo, los huéspedes no deberán osar despertarla, en el entendido de que, al suceder ello, jamás volverán a disfrutar de la magia de ese sueño de reencuentro con la vida. Podrán olerlas, tocarlas discretamente, tomar té, aunque no deberán hacer preguntas.

Cuando a los sesenta y siete años, el viejo Eguchi, ya bien trabajado por la muerte, cruza el umbral de la casa y sabe del encuentro del erotismo con la mortalidad, trata de aferrarse a esa imagen de sí mismo, del que fue o quiso ser, para sobrevivir. El hombre es un observador minucioso de cada muñeca viviente y sabe que tienen "una vida que puede tocarse con confianza". Eguchi no va al lugar con el fin de descubrir anomalías ni con el fin de "husmear en sus prácticas secretas", porque la edad lo detiene y su curiosidad ya no es tan fuerte, ya que "la tristeza de la vejez se cernía también sobre él".

Cuando el escritor japonés Yasunari Kawabata obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1968, la traducción de *País de nieve*, una de sus obras más relevantes, enfervorizó a los lectores de lengua española. *La casa de las bellas durmientes* es un texto hermoso, cruel y sofocante, y el calor que mortifica la habitación cerrada en la que reposan Eguchi y la beldad oculta el gran misterio de un mundo doble. El imperio de las sensaciones se convierte en una vorágine que arrastra a quien lee. "Debe ser muy raro —dijo Yukio Mishima, al hablar de Kawabata, suicida como él— en la literatura comunicar una sensación tan viva de vida individual mediante descripciones de figuras dormidas".

En un mundo de tabúes e interdicciones, la prohibición acicatea la curiosidad. ¡Cómo tiembla el viejo en los instantes en los cuales va tratando de imaginar lo que podría ocurrir si transgrede las normas de la casa! Al fin y al cabo los ancianos llegan al lugar "con una felicidad más melancólica, un anhelo más fuerte y una tristeza mucho más profunda" de cuanto les fuera posible imaginar. Y al ver la juventud, al tenerla muy cerca, reviven creyendo —o suponiendo— que el elixir de la vida verdadera les permitirá una existencia más grata, en un durar y durar.

Kawabata emplea hábilmente el jugueteo de la distracción del lector, llevándolo desde el lecho, en donde la muchacha y el viejo yacen, al paisaje, a los recuerdos, al olor de las flores, al juego colorista de una vida vivida plenamente. Cerrar los ojos es un modo de estar en otro mundo y en éste, al mismo tiempo. Es permanecer, cuando las esperanzas y las fuerzas disminuyen. Las camelias parecen surgir como un símbolo ("dicen que las camelias traen mala suerte porque las flores se caen enteras del tallo, como cabezas cortadas"). Los recuerdos de Eguchi se proyectan en una pantalla que explica lo que es o ha sido su familia, su dolor solitario, su insatisfacción, la aberrante destrucción comenzada en el momento mismo del contacto con la belleza que duerme profundamente.

La novela es espléndida: una sucesión de pinceladas, unas páginas piadosas que registran la indiscreción de un huésped a quien le es dado pensar de qué manera lo aguarda la muerte, invistiéndole con sus dones. "El viento —anota el narrador— traía el sonido del invierno inminente, tal vez debido a la casa misma, tal vez debido a algo que había en el viejo Eguchi". Acosado por la fealdad de la vejez, el episodio de la mujer yacente es la única salvación, pero sabe que, al salvarse, con ello se destruye. ¿No es ése el enigma de toda vida humana? Leer a Kawabata, el suicida, es entrever que el libro es una elegía, una despedida, un canto a sí mismo que resplandece en las postrimerías.

ALFONSO CALDERON

ANTOLOGIA

De Roberto Arlt

Siglo Veintiuno Editores, México, 260 pgs.

En consonancia con un mundo en crisis, la obra de Roberto Arlt (1900-1942) registra la presencia de esa Argentina demasiado visible que contrasta con las interpretaciones venidas del idealismo histórico o del revisionismo. Se trata de la articulación de un orden que propusiera Discépolo en los motivos de sus tangos (*Cambalache*, *Que vachaché o Yira*, *Yira*). Noe Jitrik piensa en las lecturas de Arlt: "La primera es la del contexto político social argentino (lo que va del proyecto liberal burgués del 80 a la crisis del radicalismo y la aparición del elemento militar en la escena política, pasando por el fenómeno de la inmigración y todas sus consecuencias, los conflictos ideológicos y de clases, la relación con la cultura europea, la crisis del sistema capitalista a fines de la década del veinte, etc.); la segunda invita a una diversificación textual: el sainete y el teatro culto, el lunfardo y los intentos de una literatura popular, la poesía de vanguardia, el tango, la arquitectura, el cine, la radio, la industria, la comicidad, el fútbol y el boxeo, la delincuencia y otros. No se puede entender, creo, el vigor de la prosa de *Los siete locos* si se desconoce la solidez de la construcción de los tangos de Julio de Caro o las esperanzas multitudinarias puestas en el pie derecho de Bernabé Ferreyra o el descubrimiento —valga el juego— por la luz eléctrica".

En Arlt hay siempre una posibilidad de doble o triple lectura, y esta *Antología* no hace sino confirmar el aserto. Arlt es el complemento de Borges (y no su antítesis, como se ha dicho). Constituye una mirada al otro, no al Otro (ese ser capaz de asumir lo imaginario en un laberinto o en el juego de espejos encontrados). Con el llamado *grupo de Boedo* (Castelnuovo, Barletta, Mariani), Arlt se encarga de recoger "todos los fragmentos del discurso de la miseria social" —dice Jitrik—, pero él sabe buscar ángulos dostoiewskianos para mirar el miserabilismo urbano.

Con *El juguete rabioso*, *El jorobadito*, *El lanzallamas*, *Los siete locos* y *El criador de gorilas* y en la apelación sentimental y periodística de los aguafuertes de *Las muchachas de Buenos Aires*, *Cronicón de sí mismo* o *Entre crotos y sabihondos* (estos últimos textos le permiten